

En la cornisa

Galilea



Capítulo 1

La claridad de un nuevo día iba inundándolo todo, aunque todavía no se divisara ningún rayo de Sol.

La noche se había ido mientras nosotros tomábamos una cerveza tras otra y de a ratos, algo un poco más fuerte.

La noche se había ido mientras nos inundábamos los pulmones de humo más de lo habitual; mientras nos reíamos a carcajadas, mientras éramos jóvenes y estábamos presentes, ahí, siendo felices o intentando serlo al menos por un rato.

Cuando la charla grupal dio evidentes signos de estar sucumbiendo, cada uno pareció tomar distintos puestos en aquella escena inundada de olor a cigarrillo, de botellas vacías y de colillas usadas y olvidadas:

Algunos se sentaron alrededor de la mesa inmersos en la pantalla de su celular, olvidándose de todo a su alrededor. Otros miraban a la nada misma o tamborileaban entre sus dedos algún encendedor ahora no reconocido por su legítimo dueño. Dos de los presentes bajaron a comprar no sé qué al kiosquito de la esquina o a comerse la boca sin quedar expuestos ante la mirada del resto, vaya uno a saber.

Yo me deslicé lentamente con la espalda pegada a la pared que separaba el balcón del interior del departamento, sumida en un estado de relajación producto del alcohol.

Una brisa de madrugada de fines de septiembre hizo que me diera un chucho de frío. Pero el motivo por el que se me puso la piel de gallina en realidad fue otro: la sonrisa de costado de Franco con la que me encontré de lleno cuando levanté la vista. Esa sonrisa que tanto me movía el piso y que hacía que se me retorciera el estómago y que, en ese preciso momento, me estaba dedicando a mí desde el interior del departamento a través de la puerta corrediza de vidrio que daba al balcón.

No sé qué cara habré puesto, esperaba no haberme puesto colorada como un tomate, pero algo en mi expresión hizo que su sonrisa se ensanchara aún más. Con la cabeza gacha para no chocarse con el marco de la puerta por su considerable altura, salió al balcón para encontrarse conmigo.

De la escena que arrancaba en ese preciso momento con nosotros en aquel balcón poco me acuerdo.

No sé si nos reímos del que se quedó encerrado en el baño, no sé si en

algún momento me preguntó si quería más cerveza.

No me acuerdo porque estaba ebria de alcohol, del marrón café de sus ojos, de su perfume mezclado con olor a tabaco, de su dentadura imperfecta que me regalaba, de a ratos, la sonrisa más linda que había visto en mi vida, esa que se había convertido desde hacía algún tiempo, en mi sonrisa favorita.

No me acuerdo demasiado porque me emborraché de recuerdos, de los buenos y de los malos, porque me embargaron sabores dulces y agrios y su perfume que me resultaba altamente adictivo.

Sí recuerdo haber sido consciente de que, una vez más, me estaba yendo con él.

No sé en qué momento salimos de aquel edificio ni cuándo fue que entramos a su departamento que, aún en penumbras, pude comprobar que seguía bastante igual a la última vez que estuve ahí, varias semanas atrás.

Sabía que me encontraba ahí impulsada en parte por el efecto del alcohol y en parte también, por la debilidad que me envolvía y me dominaba cada vez que lo veía y lo tenía cerca.

Me invadían unas incontenibles ganas de volver a sentirlo y de disfrutar de sus besos una vez más. Una sola vez más.

Pero a la vez era plenamente consciente de que al día siguiente, otra vez sin él y con las manos nuevamente vacías, el cuerpo marcado por sus caricias y mis labios con las huellas de sus besos, me volvería a encontrar una vez más de cara al dolor.

Qué difícil se estaba volviendo aquel juego en el que me estaba metiendo. O mejor dicho en aquel juego en el que ya estaba metida hasta el cuello.

Seguía haciendo equilibrio en aquella cornisa, entre hacer el amor con él y declararme la guerra a mí misma.

Un perverso juego en el que yo misma movía la primera pieza del tablero desde la casilla de salida y en el que, inevitablemente, salía lastimada en cada jugada.

Todavía no lograba decidir si sus caricias, sus besos, su cuerpo desnudo y las pocas horas que compartíamos, valían lo suficiente como para tenerlos una noche cada tanto. Todavía no lograba decidir si valía la pena que, como inmediata consecuencia luego de pasar un rato con él, tuviera que afrontar el dolor de no poder disfrutarlo lejos de una cama de unas sábanas enredadas, de no corresponderle, de saber que jamás tendríamos

algo más que no fueran dos cuerpos ardiendo en llamas durante un rato.

Pero todo aquello volvía a no importar. No en ese momento, ya en su cama y desnuda frente a él.

En unas horas, cuando el Sol ya hubiese colmado el cielo del nuevo día y luego de haber dormido unas pocas horas a su lado sin siquiera rozarnos la piel, cuando estuviera saliendo de su edificio y caminara entre un mar de personas, recién ahí, vería cómo hacerle una vez más frente al dolor.